

DAVID JIMÉNEZ-BLANCO

Conversos

*De Salomón Leví, rabino, a
Pablo de Santa María, obispo*

Una historia sobre nuestros orígenes



ALMUZARA

Índice

<i>Nota del editor</i>	9
<i>Sobre los nombres</i>	11
<i>Prefacio. sobre el espacio y el tiempo, o sobre geografía e historia</i>	13
PARTE I. RABINO.....	37
Capítulo 1. El arcediano de Écija (Sevilla, junio de 1391).....	39
Capítulo 2. El incendio llega a Aragón (Valencia, julio de 1391)	75
Capítulo 3. La conversión del rabino Salomón Leví (Burgos, 1352-1391)..	107
PARTE II. METAMORFOSIS Y PRIMEROS ÉXITOS.....	151
Capítulo 4. París y sus luces (París, 1391-1394).....	153
Capítulo 5. París y sus sombras (París, desde 1182 a la actualidad)	187
Capítulo 6. Aviñón, la Babilonia de Occidente (Aviñón, 1394-1403)	217
PARTE III. OBISPO Y CANCELLER.....	247
Capítulo 7. Los años triunfales de Pablo de Santa María (Murcia, Valladolid y otras ciudades de Castilla, 1403-1415)	249
Capítulo 8. El compromiso y la disputa (Caspe, 1412, y Tortosa, 1413-1414).....	287
Capítulo 9. El final del Cisma de Occidente y los últimos años de Benedicto XIII (Peñíscola, 1411-1423).....	331
Capítulo 10. La vuelta a casa del hijo pródigo (Burgos, 1416-1435)	359
<i>Posfacio. ¿Cuántas historias llevamos en la sangre?</i>	391
<i>Bibliografía</i>	419

Prefacio
Sobre el espacio y el tiempo,
o sobre geografía e historia

*Repetidas veces me dije que no hay
otro enigma que el tiempo.*

JORGE LUIS BORGES, *El libro de arena.*

No llamemos culto a ese ciudadano que sabe mucha historia —acumula en su memoria vasta cantidad de datos de las más variadas disciplinas—, sino al que tiene conciencia histórica, porque comprende que el elemento de lo humano es un fluido dinámico en permanente discurrir. La visión natural dice: «Esto es así, siempre ha sido así y siempre lo será». La visión educada, por el contrario, convierte la naturaleza en historia y dice: «Esto es así de momento, pero podía haber sido de otra manera o haber no sido, y probablemente mañana será distinto».

JAVIER GOMÁ, *Universal concreto.*

Es una cosa verdaderamente curiosa, el tiempo. También lo es el espacio. Pensamos mucho en ellos, pero en realidad no podemos cabalmente comprenderlos. Fue san Agustín quien formuló mejor esta inasibilidad, al menos respecto al primero de ellos: «Si nadie me pregunta qué es el tiempo, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me pregunta, no lo sé». Lo queramos o no, uno está siempre prisionero en su cuerpo, y solo está en cada momento en un solo lugar, el aquí, y en un solo instante, el ahora. Pero, por otra parte, el tiempo y la distancia existen, vaya si existen. Es por el tiempo y por el espacio por donde avanza la barquilla de nuestro yo, arras-

trándose por una sucesión de aquí y de ahora. El tiempo altera las cosas; la distancia, también. Ambos, cada uno a su manera, influyen en todo. Cambian perspectivas, nos permiten ver cosas que no veríamos quedándonos siempre en un mismo aquí y en un mismo ahora. Convierten en móvil lo fijo, en inestable lo estable. Incluso verdades inmutables (pero ¿existen verdades inmutables?) se convierten en contingentes si se aparta uno lo suficiente en el tiempo o en el espacio. Sí, son cosas verdaderamente curiosas. Y no solo afectan a las personas. También a las ciudades, a las naciones. A las ciencias y a la filosofía, e incluso a las religiones, aunque estas dirijan su mirada al abismo de la eternidad.

Ni siquiera la física y las matemáticas, las disciplinas más próximas a los conceptos de espacio y tiempo, y que deberían proporcionarnos el marco fijo en el que encuadrar nuestros pensamientos respecto a los mismos, son inmunes a la erosión inherente al paso de los siglos. Hasta el siglo XIX, la única geometría que existía era la euclídea: las rectas eran rectas, los ángulos de un triángulo sumaban necesariamente 180 grados, por un punto exterior a una recta solo podía pasar una paralela a la misma, y la distancia más corta entre dos puntos era siempre única y recta. Pero entonces, el ruso Lobachevski primero, en 1823, y el germano Riemann después, en 1854, empezaron a plantear otras geometrías posibles: si se varían los postulados iniciales, la distancia más corta entre dos puntos puede ser un arco; por otra parte, puede plantearse que un plano, e incluso un espacio tridimensional, pueda curvarse sobre sí mismo. El reinado absoluto de Euclides sobre nuestras matemáticas había durado más de veinte siglos, pero a partir de entonces habría que explicar, en cada caso, si el universo sobre el que estamos razonando es euclídeo o es de otro tipo. Habría, por tanto, que asignarle un *a priori* concreto para que sus conclusiones fueran o no aplicables. No, definitivamente, el espacio ya no es lo que era.

Lo mismo ocurrió con la física y con el propio tiempo pocas décadas más tarde. La física tradicional o newtoniana, basada a su vez en la geometría euclídea y que tan útil es para explicar bien nuestro mundo cotidiano, era hasta 1900 sencillamente *la* física, pero pronto se reveló, también, como solo una de las posibles. Resulta que esa física tradicional falla a la hora de explicar ciertos

fenómenos que se dan en los reinos de lo muy grande (galaxias, universos) y de lo muy pequeño (el mundo subatómico). Apoyado en el alféizar de las nuevas matemáticas no euclídeas, Einstein desarrolló nada menos que una nueva física a comienzos del siglo xx, ampliando así los horizontes del entendimiento humano precisamente respecto al espacio y al tiempo. Después de Einstein, la descripción de cada fenómeno, de cada realidad, debe venir acompañada de una referencia al punto espacial y al momento en el que se verifica. Y, además, la referencia que cada punto y cada momento deben tener para su completa descripción debe formularse respecto al observador único que las define. Este cambio no fue menor que el giro de Copérnico cuatrocientos años antes, cuando la humanidad pasó de creer que el sol giraba alrededor de la tierra a aceptar lo contrario, que éramos nosotros los que girábamos alrededor del punto fijo del astro rey, centro del universo. Con Einstein todo cambió de nuevo: después de todo, resulta que tampoco es del todo cierto que el sol esté quieto y yo me mueva a su alrededor. El sol se mueve respecto a mí tanto como yo me muevo respecto al sol. Así que todo cambió de nuevo, y desde luego, otra vez, nuestro lugar en el universo: ahora podemos decir de algo que es verdad solo refiriéndolo a un aquí y a un ahora, y eso no siempre. La certeza, la Verdad con mayúsculas, parece alejarse de nuestro brazo extendido a medida que aprendemos más sobre el mundo...

Comencé a pensar estas reflexiones tan metafísicas en octubre de 2017, mientras me resguardaba del frío otoño ruso en el salón de té Schastye (felicidad), de la plaza de los Decembristas, en San Petersburgo. A través del cristal de la ventana contemplaba el exterior de la catedral de San Isaac, construida en estilo neoclásico en el siglo xix para conmemorar la victoria del zar Alejandro I sobre Napoleón, y que acabábamos de visitar. San Petersburgo es un buen lugar para meditar acerca de las variaciones que el tiempo trae consigo. Antes de ser San Petersburgo, esta ciudad se llamó Leningrado. Antes de eso, Petrogrado. Y antes aún, y desde su fundación, de la que tampoco hace tanto, solo algo más de trecentos años, otra vez San Petersburgo, el nombre que ha vuelto recientemente a cerrar el círculo. ¿Cuál de ellos es más verdadero? ¿Volverá alguna vez esta ciudad a ser Petrogrado o Leningrado?